

Ansiedades de frontera en dos novelas policíacas españolas sobre la inmigración

Raúl Diego Rivera Hernández

UNIVERSITY OF SOUTH CAROLINA · RHERNAND@mailbox.sc.edu

Su línea de investigación se centra en la literatura policíaca latinoamericana y española, además de distintos movimientos sociales en México. Entre sus publicaciones recientes destaca un ensayo sobre Carlos Monsiváis (*Taller de Letras* 2012), un artículo sobre Rosa Montero y su novela *Historia del Rey Transparente* (Peter Lang 2012) y un texto sobre crímenes y mafias culturales en *El miedo a los animales* de Enrique Serna (*El género negro: el fin de la frontera* 2012). Actualmente trabaja en la edición de *De las redes a las calles: #Yo soy 132 y la Primavera mexicana*.

RECIBIDO: 3 DE FEBRERO DE 2013

ACEPTADO: 4 DE MARZO DE 2013

Resumen: Se propone el concepto *ansiedad de frontera* para el análisis de dos novelas policíacas españolas sobre la inmigración: *Gálvez en la frontera* (2001) de Jorge Martínez Reverte y *El color de los muertos* (2005) de José Javier Abasolo. Sostengo que esta ansiedad funciona en dos niveles diferentes en las novelas: como una frontera espacial y como una frontera cultural. En el primer caso, el texto de Martínez Reverte construye el barrio de Lavapiés como un territorio desconectado de la ciudad moderna y segura, zona de constantes hostilidades raciales entre chinos y magrebíes. En el segundo caso, la ansiedad de frontera cultural en la narrativa de Abasolo descarta la opción de la interculturalidad. La novela expone los mitos sobre la inmigración más arraigados en el imaginario social y da cuenta de la subsistencia de estereotipos coloniales encubiertos en expresiones xenofóbicas y casos de violencia racial. Las dos ansiedades de frontera obligan a repensar la idea de nación desde la confrontación con los inmigrantes africanos.

Palabras Clave: Martínez Reverte, Abasolo, ansiedad, novela, inmigración, policíaca.

Abstract: In this paper I use the concept of *border anxiety* to analyze two Spanish crime fiction novels that deal with immigration: *Gálvez en la frontera* by Jorge Martínez Reverte and *El color de los muertos* by José Javier Abasolo. I claim that this definition works on two different levels in the novels: as a territorial border and as a cultural border. The novel of Martínez Reverte depicts the neighborhood of Lavapiés as an isolated territory from the modern and safe city, and it turns in a zone of continuous racial hostilities between Chinese and Maghreb. In the latter example, the cultural border anxiety present in Abasolo's narrative dismisses any possibility of interculturality. The novel exposes deeply rooted myths of immigration in the social imaginary and reveals the presence of colonial stereotypes manifested through xenophobic demonstrations and racial violence.

Key Words: Martínez Reverte, Abasolo, anxiety, novel, immigration, crime fiction.

DOI: 10.7203/KAM.2.2315

El inmigrante norteafricano en la literatura policial española generalmente se representa de manera negativa y problemática. Varios textos lo describen como un sujeto marginal, asociado con la violencia y la delincuencia de Madrid, Barcelona y Bilbao. Las narrativas policíacas muestran la imposibilidad de integración de estos personajes con la población local. Es decir, los procesos migratorios sobresalen por la exclusión y segregación de los inmigrantes, casi siempre indocumentados, de las dinámicas sociales, los espacios culturales y las decisiones políticas de la nación receptora. Daniel Gier destaca que el inmigrante norteafricano y otros colectivos marginales en la novela negra española, son figuras periféricas y “sus apariciones suelen ser fugaces y casi siempre conectadas al mundo de la droga, la prostitución, el crimen, o el fracaso humano” (2000: 6). Gier analiza más de veinte textos publicados después de la Transición y concluye que al inmigrante africano se le presta más atención por el supuesto vínculo con el crimen urbano, “manteniéndose completamente independiente de su papel fundamental en distintos sectores laborales en España” (2000: 10). La criminalización y segregación del inmigrante genera una nueva cartografía espacial en las metrópolis, delimitada por la racialización del espacio ciudadano.

La categoría racial estructura y define las políticas del espacio, e impacta en las actividades cotidianas y los procesos de socialización afectiva. La cuestión racial prescribe las limitaciones de movilidad sobre determinados cuerpos y determina la posición que cada sujeto ocupa en la ciudad, de acuerdo a su color de piel, clase social y situación laboral. El inmigrante norteafricano de las narrativas policíacas, queda en desventaja por su diferencia racial, por su situación económica y por su estatus migratorio. Si además se le relaciona con el estereotipo de la delincuencia, la violencia y la criminalidad, el inmigrante norteafricano se transforma en una amenaza en el imaginario social.

En este ensayo analizo dos novelas policíacas españolas sobre la inmigración, *Gálvez en la frontera* (Jorge Martínez Reverte, 2001) y *El color de los muertos* (José Javier Abasolo, 2005), y propongo un concepto al que llamo ansiedad de frontera¹. La ansiedad de frontera es una respuesta sintomática de la población local en forma de rechazo, exclusión y segregación de las comunidades inmigrantes, en específico, del norte de África. Sostengo que este término funciona en dos niveles: como una frontera espacial y una frontera cultural. En el primer caso, el texto de Martínez Reverte construye el barrio de Lavapiés en Madrid desde la imagen de un territorio desconectado de la ciudad moderna y segura, zona de constantes hostilidades raciales entre chinos y magrebíes. Junto a Lavapiés, el narrador describe el Estrecho de Gibraltar como una geopolítica que separa el primer

¹ La preferencia por estas novelas me permite analizar la ansiedad de frontera en los casos del inmigrante africano (magrebí en Jorge Martínez Reverte, marroquí y del norte de África en Javier Abasolo). Dejo para otro momento el caso del inmigrante latinoamericano y de Europa del Este, personajes que aparecen con menos frecuencia en la narrativa policial.

mundo (Europa) del subdesarrollo (África). En el segundo caso, la ansiedad de frontera cultural en la obra de Abasolo descarta la opción de la interculturalidad. La novela expone los mitos sobre la inmigración más arraigados en el imaginario social y da cuenta de la subsistencia de estereotipos coloniales encubiertos en expresiones xenofóbicas y casos de violencia racial. Las ansiedades de frontera obligan a repensar la idea de nación desde la confrontación con los inmigrantes africanos². Finalmente, argumento que esta ansiedad de frontera es también una angustia y una preocupación por demostrar la superioridad de los valores culturales del país que acoge.

En la década de los noventa, España pasó de ser un país emigrante a uno inmigrante. Miles de personas protagonizaron la primera migración transoceánica rumbo a México, Chile y Argentina durante la Guerra Civil y la dictadura. Para la década de los sesenta, el régimen franquista formaliza sus relaciones bilaterales con Francia, Alemania y Suiza, y pone en marcha un proceso de emigración asistida por el Instituto Español de Emigración (IEE). José Babiano y Ana Fernández argumentan que las políticas franquistas de la emigración oscilan principalmente entre dos posiciones: el sistema de rotación de mano de obra alemán y el asimilacionismo francés (2009: 8). Para esta investigación examinaré exclusivamente el plan de asimilacionismo francés por su semejanza, en términos de receptividad, positiva y negativa, de los desplazamientos migratorios en España a fin de siglo.

Babiano y Fernández explican que, en el caso de Francia, las políticas del asimilacionismo de la postguerra mantuvieron una jerarquía de preferencia étnica: los extranjeros más deseados son los que vienen de países centroeuropeos (belgas, luxemburgueses, holandeses, suizos y alemanes, además de los escandinavos); en segundo lugar aparecen los mediterráneos (italianos, españoles y portugueses), pero con la condición de que su lugar de procedencia fuera el norte de cada país; finalmente, los migrantes no deseados (polacos, checos y yugoslavos) se encuentran al final de la pirámide de predilección étnica. Quedaban excluidos los asiáticos y norteafricanos de esta clasificación (2009: 15-16). Las políticas de asimilación son precisas al momento de distinguir las migraciones doradas de las migraciones indeseadas. En este punto específico, el plan de preferencia étnica francés de la postguerra y los flujos migratorios contemporáneos, concuerdan en dos tipos de reacciones: expresiones xenofílicas y expresiones xenofóbicas, según los países de procedencia de los inmigrantes. En un informe de 2008 titulado “Evolución del racismo y la xenofobia en España”, los autores identifican que las filias se inclinaban por los latinoamericanos en general, sin distinguir nacionalidad de origen, y los europeos –ingleses, franceses y alemanes, principalmente– (Cea D’Ancona y Valles

² Para esta reflexión hay que situar las dos obras en un contexto específico, el momento del boom de la inmigración: fin de la década de los noventa y primeros años del siglo XXI.

Martínez, 2008: 144). La “simpatía” por los latinoamericanos tiene sus raíces en un pasado común desde la época colonial. Además la lengua española y la religión católica son dos referentes culturales compartidos que “facilitan” la adaptación de los extranjeros en el país de acogida. Otra circunstancia relevante es la deuda histórica del gobierno español con México, Argentina y Chile, por alojar y brindar condiciones de vida favorables a miles de exiliados en el periodo de la Guerra Civil y la dictadura. En cuanto a los europeos, la xenofilia se extiende a los inmigrantes de países con economías sólidas. No hay que olvidar que con la muerte de Franco, España inicia un acelerado proceso de transformación de una dictadura a una democracia moderna europea de primer mundo. Por supuesto, las nuevas señas de identidad, fueron aquellas que imitaban a los prototipos de los estados de bienestar de las potencias continentales.

Cea D’Ancona y Valles Martínez explican que, “en el extremo contrario, el que agrupa las fobias o el rechazo, se sitúan los árabes, en general, y los marroquíes en particular” (2008: 144). Las demostraciones de xenofilia y xenofobia responden a la empatía o la incompatibilidad entre los españoles y las comunidades inmigrantes. En España, existe una ansiedad de frontera geocultural que se populariza en el siglo XIX con la frase “África empieza en los Pirineos”. Este dicho de procedencia francesa excluye a España de los límites de Europa y la encasilla en la geografía del tercer mundo. En los años ochenta, la ansiedad de frontera y la integración a Europa, se vuelven los temas centrales en la agenda política. La angustia nacional, por afirmar su pertenencia a los países europeos, refleja también la necesidad de separar a las sociedades democráticas de las sociedades teocráticas del África musulmana, subrayando su naturaleza no-occidental.

En 1986, España logra su adhesión a la (entonces) Comunidad Europea. A partir de este año, se pone en marcha un plan de modernización económica, política y educativa con el fin de alcanzar los niveles de bienestar social de las democracias del primer mundo. La integración con Europa garantiza las condiciones óptimas para la liberalización de capitales y de inversiones rápidas, pero también obliga a España a tomar un conjunto de medidas en materia legislativa para proteger los intereses de los países europeos. Por ejemplo, en 1985 se promulga la primera ley de inmigración española para reforzar la vigilancia de las fronteras de los inmigrantes del norte de África. La Comunidad Europea delega a España la responsabilidad de custodiar las puertas del primer mundo. Así, por primera vez, el país se constituye como la utopía de los otros. Isabel Santaolalla sugiere que este ensueño actúa “as a projection of the fantasy of Spain’s further integration into that elite group of European countries whose economic status precisely attracts such immigration” (2002: 62). Los ochenta y la década de los noventa, se distinguen por el

crecimiento moderado de la población inmigrante, sin embargo, esta situación cambia radicalmente en los primeros años del siglo XXI³.

La firma de los Tratados de Maastricht (1993) simboliza el fin de la Transición política y el momento histórico en el que España se integra con las potencias continentales. Un año antes, el estado y la empresa privada, destinaron un presupuesto multimillonario para las celebraciones y conmemoraciones del 92. El engrandecimiento del país, a través de la cultura del espectáculo, se dio a conocer internacionalmente en una operación cosmética de la modernización española y su joven democracia. Los Juegos Olímpicos de Barcelona, la Exposición Universal de Sevilla y la declaración de Madrid como Capital Europea de la Cultura, sustituyeron el imaginario de los años del hambre y la escasez por el del primer mundo y la europeización de la nación⁴. El fin de la dictadura franquista provoca un sentido de desorientación. Esta desorientación, acumulada de incertidumbre política, plantea un problema esencial: definir la nación superando cualquier seña de identidad con el régimen anterior. El gran proyecto de la Transición incluyó la negociación de poderes entre los distintos partidos políticos, pero también, la creación de nuevos mecanismos para gestionar la memoria histórica⁵. Las políticas de la memoria durante la Transición bloquearon dos traumas colectivos centrales en el proceso de reconstrucción del tejido social: la dura experiencia del exilio transoceánico y el difícil proceso de adaptación de los

³ En este momento llegan comunidades inmigrantes del Norte de África (Marruecos y Argelia), África Subsahariana (Senegal, Sudán, Guinea, Nigeria y Camerún), Latinoamérica (República Dominicana, Ecuador, Cuba, Perú y Colombia), Asia (China y Filipinas), Europa del Este (Rumania, Ucrania y Polonia), y en menor medida ciudadanos de países como Paraguay, Brasil y Pakistán.

⁴ Para comprender la ansiedad de frontera en la España contemporánea hay que tomar en cuenta los siguientes factores vinculados con la dictadura franquista: la homogenización de la identidad desde las políticas del régimen, la nostalgia imperial, la autarquía cultural, la censura de la creatividad artística; la falta de secularización e industrialización, y el aislamiento con el resto de Europa. Estas características poco a poco van revelando el perfil de una nación ensimismada que, con los primeros síntomas de la Transición política, enfrenta un aceleradísimo proceso de modernización para alcanzar los parámetros de bienestar social de los países líderes de la Unión Europea. El caso de España es paradójico. El siglo XX comienza con una generación de escritores e intelectuales obsesionada con definir las señas de identidad en oposición a Europa. Casi cien años después, España, a contracorriente del pensamiento de los noventayochistas, culmina el tan anhelado plan de la Transición: la completa integración a Europa con la firma del Tratado de Maastricht en 1993.

⁵ Juan Goytisolo y Sami Nair se preguntan: “¿el olvido de la época en que los españoles eran unos pobres emigrados no formará parte del pacto de silencio institucionalizado durante la etapa de la Transición democrática? Más aún: ¿no será una exclusión de la memoria ligada a la de la época franquista?” (2000: 131).

emigrantes españoles a los países primermundistas⁶. Por lo tanto, ¿cómo integrar la diferencia en un país con una joven democracia que se niega a confrontar y revisar el pasado reciente? ¿De qué manera revertir el poderoso imaginario de la homogeneidad cultural heredado del antiguo régimen y así promover una política intercultural? ¿Por qué la ansiedad de frontera se puede rastrear fácilmente en la literatura policial española sobre la inmigración? Estas preguntas se discutirán en el análisis de las novelas seleccionadas en este estudio.

La frontera en la ciudad: Lavapiés en la narrativa de Jorge Martínez Reverte

Gálvez en la frontera es la penúltima novela de la saga del periodista Julio Gálvez, de Jorge Martínez Reverte. La colección incluye los siguientes títulos: *Demasiado para Gálvez* (1979), *Gálvez en Euskadi* (1981), *Gálvez y el cambio del cambio* (1995), *Gálvez en la frontera* (2001) y *Gudari Gálvez* (2005). En *Gálvez en la frontera*, el inmigrante norteafricano aparece en un primer plano de la trama policíaca. No se trata de un representante de la ley, al contrario, se constituye como delincuente y víctima del relato. El texto comienza cuando Gálvez se ofrece como acompañante de Takako Mishima, corresponsal de un diario japonés, para visitar el centro de Madrid y algunos sitios de interés turístico. De pronto, sin darse cuenta, dos jóvenes magrebíes le arrebatan el bolso a la nipona y desaparecen con los informes confidenciales sobre Matador, una empresa a punto de salir al mercado con dinero de la Yakuza. El periodista sigue de cerca los pasos de Ahmid, uno de los asaltantes, hasta localizarlo en el barrio de Lavapiés. Inexplicablemente, los documentos robados generan enfrentamientos y tensiones entre magrebíes y chinos de Lavapiés, interpretados por la prensa y los medios de comunicación como expresiones de violencia racial. Ahmid escapa a Tánger, Marruecos, para ponerse a salvo, y Gálvez lo sigue con el fin de recuperar la valiosa información de su colega. La investigación del protagonista transcurre entre dos tipos de frontera: una frontera en el interior de la capital española simbolizada por el barrio de Lavapiés y una frontera marítima representada por el Estrecho de Gibraltar. Ambas se analizarán desde la perspectiva de una ansiedad de frontera espacial.

La frontera en la ciudad es un lugar común para la tradición policial española y el ejemplo más concreto corresponde a *Los mares del sur* (1979) de Manuel Vázquez Montalbán. La novela retrata un sur metafórico en el Barrio de San Magín en Barcelona.

⁶ Manuel Vázquez Montalbán reflexiona en [“Globalización y xenofobia”](#) de una manera similar a la de Goytisolo y Naïr. Esto es lo que él dice: “La Europa del sur ha perdido la memoria de su propia angustia migratoria hacia América o hacia la Europa rubia y blanca del norte, una memoria migratoria también llena de lucha por la vida en las peores condiciones de marginalidad y de mafias de supervivencia nacidas en el subsuelo del sistema. Ya no necesita esa memoria para ufanarse por el camino recorrido hacia y dentro de la modernidad, porque recrearse en ella significaría encontrar una justificación racional del porqué de las migraciones actuales”.

Ahí, se refugia Stuart Pedrell, un empresario catalán, obsesionado con la idea romántica del viaje de Paul Gauguin a la Polinesia. Pedrell, dueño del complejo urbanístico de San Magín, crea su propia utopía en la ciudad y abandona a su familia, sus privilegios de clase y sus negocios, para vivir con los proletarios y los inmigrantes en ese sector citadino. La investigación del detective Pepe Carvalho en San Magín diagnostica la desorientación de la sociedad española en plena Transición democrática. Vázquez Montalbán propone la existencia de una frontera en la propia ciudad, un sur-metafórico, y lo contrasta con el sur de Gauguin. La frontera en la ciudad también es un tema central en el texto de Jorge Martínez Reverte. *Gálvez en la frontera* sigue el modelo de *Los mares del sur*, pero ahora en el barrio de Lavapiés en Madrid. El periodista, Julio Gálvez, describe el espacio desde una perspectiva foránea y el escaparate urbano se transforma ante sus ojos en un escenario desconocido. La entrada en Lavapiés simula el descubrimiento de un territorio inexplorado y despojado de cualquier signo de identidad local. Gálvez cuenta: “Yo llevaba veinte años sin pisar la zona y, nada más traspasar la frontera que marca la Plaza del Progreso, me sentí en otro barrio, en una ciudad extranjera, en el peor suburbio de Londres o, siento tener que decirlo, de Nueva York” (Martínez Reverte, 2001: 45-46). El periodista es incapaz de reconocer a los nuevos habitantes de Lavapiés y el paisaje urbano parece desconcertarlo:

No se veía a los gitanos que habían poblado el barrio años antes en una soportable convivencia con los madrileños *de toda la vida*, ni deambulaban por ahí los últimos hippies californianos que venían a tocar la guitarra flamenca a los bares. En su lugar, centroafricanos de piel oscura, magrebíes del norte, de piel blanca, chinos de vaya usted a saber dónde, de piel amarilla, y algunos españoles de tez variable, ocupaban las calles (2001: 46).

La historia de Lavapiés está marcada por la presencia de los ‘otros internos’ (gitanos) y los ‘otros externos’ (africanos y chinos) en el barrio. La estigmatización de la raza gitana ha sido una constante en Europa. Lou Charon-Deutsch afirma que las formas de representación cultural de los gitanos son una herramienta útil para comprender los nacionalismos europeos (2004: 10). A diferencia de otros países, el régimen franquista promovió el estereotipo del gitano como símbolo de la España “genuina” y “auténtica”. Es por este motivo que la raza gitana pasó de ser una raza asociada con la marginalidad social y el crimen, a integrarse como la figura nacional del folklore y el exotismo local. La romantización y exaltación del “alma gitana” oculta graves problemas de violencia, pobreza y discriminación de familias gitanas en Europa. Sin importar si se trata de gitanos o africanos, los ‘otros internos’ y los ‘otros externos’ enfrentan obstáculos similares de inclusión social y acceso a derechos ciudadanos básicos. Precisamente, *Gálvez en la frontera* describe la imposibilidad de integrar a jóvenes adolescentes magrebíes en actividades

productivas o en el sistema escolar, de manera que sobreviven exclusivamente de la delincuencia y el trapicheo.

El crimen como elemento imprescindible de la narrativa policial quebranta la armonía de los pactos sociales, atenta contra la propiedad privada, desestabiliza la monotonía cotidiana burguesa y mantiene a la población en un estado de alerta. El crimen y la violencia también se pueden territorializar en la percepción de la seguridad en el espacio. Esto sucede en la construcción de una semiótica urbana desprovista de control social, marginada y deteriorada en el texto policíaco. El inmigrante norteafricano de *Gálvez en la frontera* queda inscrito en las zonas rojas o zonas de tolerancia, apartadas de las zonas comerciales y residenciales. Como Kay Anderson, “racial ideology has been materially embedded in space...and it is through “place” that it has been given a local referent, become a social fact, and aided its own reproduction” (1987: 584). La racialización del escenario urbano -Lavapiés- impide la experiencia del contacto y la convivencia del inmigrante con la población autóctona, y evita la integración de la diferencia racial, étnica, religiosa, ideológica y lingüística como narrativa contemporánea de la historia reciente de las naciones multiculturales. Lavapiés como un foco rojo urbano presenta una serie de condiciones extremas para la convivencia social: infraestructura deficiente, calles desprovistas de alumbrado público, y plazas tomadas por inmigrantes magrebíes atracando turistas o consumiendo drogas. Además de estas referencias, *Gálvez en la frontera* muestra un inventario de los juzgados de la Plaza de Castilla donde “las tres cuartas partes de las gentes que los ocupaban, quitando a los abogados, eran de raza gitana, magrebíes o latinoamericanos de diversa procedencia” (2001: 27). La asociación y el parentesco entre raza y nacionalidad con un tipo de actividad delictiva, concuerda con los miedos, las fobias y las ansiedades locales contra los ‘otros internos’ (la raza gitana), y los ‘otros externos’ (magrebíes y latinoamericanos). Ambos son identificados como una amenaza a la seguridad ciudadana.

En *Gálvez en la frontera* los magrebíes son personajes ligados con el ocio (realmente desempleo), la delincuencia (asaltos a turistas) y la drogadicción (consumo de pegamento y heroína). Además, se mueven por sectores específicos de Lavapiés como la Plaza de Cabestreros y la Plaza del Progreso. La presencia cada vez más representativa de magrebíes en Madrid, infecta la “pureza” del barrio. Esta idea ha sido trabajada por Sara Ahmed y argumenta que “the analogy between the ideal neighborhood and a healthy body serves to define the ideal neighborhood as fully integrated, homogeneous, and sealed” (2000: 25). La diversidad cultural de Lavapiés, representa una amenaza al modelo de vecindario local, en el que todos se reconocen a partir de la experiencia social. En este sentido, la función de la frontera se vuelve relevante. Trazar una frontera o definir una frontera espacial tiene implícita la noción de adversidad y enfrentamiento. Se construye una

frontera por una ansiedad de preservar un sentido de familiaridad y estabilidad comunitaria en “riesgo”, pero también, para espacializar la diferencia cultural y mantenerla controlada, vigilada y alejada. La frontera en la ciudad es el resultado de la territorialización racial del espacio que niega la integración magrebí en el tejido social madrileño.

Además de la racialización del espacio, el problema de la integración se puede analizar por medio del concepto de *Leitkultur*. El primero en hablar de *Leitkultur* fue Bassam Tibi, profesor de la Universidad de Göttingen, para proponer la existencia de una cultura hegemónica, representativa de los valores de la modernidad europea ilustrada. El término se popularizó en la opinión pública en el contexto de la discusión política sobre nuevas leyes de integración, inmigración y ciudadanía en Alemania en el 2000. Hartwig Pautz dice que el *Leitkultur-debate* tenía por objeto reconstruir la autoridad del estado nacional a partir de las barreras culturales de los nacionales e inmigrantes: “No longer was the obsolete *ius sanguinis*—that is, national identity based on German descent—to be used to define who was part of the national body; rather, what I term *ius cultus* was to mark this boundary” (2004: 41). El paradigma de pertenencia a la nación reemplaza la diferencia racial por la diferencia cultural. Si la migración es uno de los fenómenos más evidentes de la globalización, para el caso alemán, se vuelve imprescindible un debate sobre la identidad nacional y *Leitkultur*⁷. El dominante cultural que se impone en Alemania, desde el punto de vista normativo, es el de los atributos de las sociedades europeas y cristianas; por lo tanto, para la integración del extranjero, se requiere su adaptación y su lealtad a las costumbres germanas que son las mismas de la civilización occidental.

La occidentalización alemana en el reconocimiento de una historia cultural común a otros países de Europa central, y la influencia determinante del cristianismo en la construcción de sus proyectos de nación, confirma que, ahora más que nunca, existe la preocupación por redefinir una genealogía cultural de la identidad. En cuanto a España, esta genealogía está enfrentada con la representación del enemigo histórico del “moro invasor”, marcada por la conquista musulmana de la Península Ibérica del siglo VIII. Los medios de comunicación se han encargado de reavivar este conflicto ancestral con imágenes de pateras y ahogados, reportajes sobre la vigilancia policíaca por mar y tierra, fotografías de tragedias familiares causadas por deportaciones, y noticias en los diarios donde se criminaliza o victimiza al inmigrante. También la literatura española ha contribuido a un

⁷ “The debate went through several phases, during which the notion of German *Leitkultur* underwent a metamorphosis. Initially, the term was taken out of its original Europe-wide context, as outlined by Tibi, and was ‘enhanced’ by the addition to it of the epithet ‘German’ [...] it was transformed into the ‘predominant culture in Germany’ and finally to Europe’s or the West’s predominant culture” (Pautz, 2004: 44).

nuevo lenguaje para referirse a los procesos migratorios⁸. El Estrecho de Gibraltar en la obra de Martínez Reverte aparece como una de las fronteras donde se evidencian las desigualdades socioeconómicas más graves entre el primer mundo y el subdesarrollo. La geografía marítima a nivel de texto disecciona las diferencias entre Europa y África, las disparidades de las sociedades democráticas y las sociedades teocráticas, y el antagonismo de la religión católica y la musulmana. El Estrecho de Gibraltar genera una ansiedad de frontera para distinguir los valores de la Europa Occidental como modelos ideológicos superiores y rectores de una hegemonía cultural.

El Estrecho de Gibraltar como frontera entre dos continentes

El Estrecho de Gibraltar es la otra gran frontera en la novela. Para describirla, el narrador recurre a dos metáforas comunes en la literatura de la inmigración: el Estrecho de Gibraltar como escenario de tragedias y como una geografía que separa a los árabes de un paraíso perdido. La primera hace referencia a los ahogados en su intento por llegar a las costas españolas. La segunda posee una carga histórica, la antigua tierra habitada por los árabes, hasta su expulsión definitiva en 1609 por decreto de Felipe III. El Estrecho de Gibraltar tiene una connotación negativa, asociada con la palabra *invasión*: “Moroccan immigrants, in the Spanish collective imaginary, thus become the embodiment of everything there is to be feared from their history, the ghosts of a past that has not stop haunting their history” (Flesler, 2008: 80). La reaparición del discurso del moro invasor y el español invadido, actualiza una genealogía histórica localizable en la reconquista de España. La reconquista del territorio implica la restauración de valores culturales esencialmente “auténticos”, anteriores a la llegada de los invasores. Esto crea una nostalgia por un tiempo perdido y una nostalgia por una visión de mundo homogénea⁹. En el caso de la inmigración magrebí, la novela presenta el retorno de lo reprimido, personificado por

⁸ Inés d’Ors analiza en la novela española contemporánea, la reiteración de algunas palabras que asocian la inmigración con el campo de la salud. Por ejemplo, la inmigración se considera como “*mal, enfermedad, epidemia, fiebre, goteo, hemorragia, sangría, trasplante o trauma*” (2002: 38). También hace hincapié en las “metáforas tomadas del mundo natural —*avalancha* (con variantes: *avalancha de desheredados, de inmigrantes, del Sur, magrebí, migratoria*), *alud, desbandada, estampida, seísmo*— y en especial del marino: *aluvión, corriente, marea, ola, oleada, río*” (2002: 44).

⁹ La homogeneidad cultural fue uno de los rasgos centrales del régimen franquista: una sola lengua, una sola nación y una sola religión. A nivel lingüístico, el estado prohibió las lenguas de las regiones autónomas y oficializó el castellano como lengua única; por supuesto, la dictadura negó la diversidad y multiculturalidad del país en sus distintas expresiones y manifestaciones gallegas, catalanas, vascas, entre muchas más. Desde el punto de vista religioso, el Vaticano elevó la causa de los nacionales a una categoría de cruzada religiosa contra los republicanos. Finalmente, el concepto de raza, tan discutido en las reflexiones de Unamuno, se asoció en el franquismo con un retorno a las raíces imperiales de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, momento clave de la expulsión de árabes y judíos para la reconquista del territorio.

las comunidades inmigrantes en Madrid. La frontera, en el interior de la ciudad, define una cartografía urbana desconocida por los ciudadanos de la capital. En un lenguaje psicoanalítico, los nuevos habitantes de Lavapiés ejemplifican el concepto freudiano del *Das Unheimliche*, una imagen familiar (el enemigo histórico) que al mismo tiempo resulta extraña porque ha permanecido reprimida. Los reportajes de Gálvez sobre Lavapiés visibilizan lo que se había mantenido oculto: la marginación y pobreza de las comunidades africanas y asiáticas en Madrid.

La frontera marítima que separa a Europa de África también es un pretexto para hacer una narrativa sensacionalista de la inmigración. Mary Louise Pratt recurre a un juego irónico entre literatura de viajes en Europa y las tragedias contemporáneas documentadas en los medios de comunicación. Ella argumenta que si bien en el pasado las historias sucedían en los territorios colonizados para hacer copartícipe al lector del proceso de conquista; actualmente, estos relatos se han desplazado de una geografía colonial a las metrópolis neoliberales (2008: 240). El traspaso de un cronotopo narrativo colonial a uno metropolitano, aparece diariamente en las noticias, reportajes y notas en prensa de sobrevivientes:

Death and rescue tales circulate in abundance, emanating not from the Sahara but from the Arizona desert, like the story in summer 2000 of the infant miraculously rescued from the arms of its dead mother, a young Salvadorian trying to cross into the United States. The rescuers were the Border Patrol, a role played in the older Saharan stories by passing Bedouins. The comparison is ironic, of course (2008: 239).

La trasposición irónica de una moda literaria, como la “literatura de la sobrevivencia” a los informes de los medios de comunicación, se inscribe en un formato que lucra con el dolor y el sufrimiento de las víctimas y sus familiares: “Collective suffering is also a core component of the global political economy. There is a market for suffering: victimhood is commodified” (Kleinman, Das y Lock, 1997: xi). ¿Cómo explicarse el éxito comercial de las gramáticas del sufrimiento en los medios? ¿Por qué estas tragedias globales de sobrevivencia se consumen con tanta facilidad? Sugiero que estas narrativas deben explorarse a partir de discursos que proyectan sentimientos de vergüenza nacional. Me refiero a que el dolor como experiencia colectiva eleva el *rating* de audiencias por su capacidad de interpelar moralmente a los públicos:

What is striking is how shame becomes not only a mode of recognition of injustices committed against others, but also a form of nation building. It is shame that allows us ‘to assert our identity as a nation’. Recognition works to restore the nation or reconcile the nation to itself by ‘coming to terms with’ its

own past in the expression of ‘bad feeling’. But in allowing use to feel bad, does shame also allow the nation *to feel better?* (Ahmed, 2004: 102).

El tema de la inmigración se hace trascendente y se vuelve noticia cuando los medios posicionan, en primera plana, una denuncia pública. Las audiencias son interpeladas por un instante como testigos pasivos de las tragedias, y lo que se busca es transformar su estatismo en un espíritu de solidaridad simbólica con las víctimas. La televisión y la prensa ofrecen gramáticas sentimentales capaces de movilizar las emociones públicas al ámbito moral (sentimiento de vergüenza generalizado por lo que ocurre en el país), y no al terreno de la acción política. La difusión de la retórica de la vergüenza, acompañada de un narrativa de la culpa colectiva, acuerpa a la nación y la fortalece artificialmente.

Las estrategias multimediáticas que lucran con el dolor no generan respuestas contundentes –a nivel legislativo– sino remedios fáciles, paliativos con el fin de recordarle a la nación que es imprescindible la unidad para hacer frente a los problemas, las injusticias y desigualdades en el país. Un ejemplo que ilustra lo anterior es la declaración de Almudena, la amante de Gálvez: “quiero presentar una imagen positiva de la emigración. Ya está bien de historias de prostitutas y de asaltantes” (Martínez Reverte, 2001: 226). El comentario de Almudena reconoce un par de lugares comunes: la criminalización y la explotación sexual del inmigrante. Consciente de ambos estereotipos, viaja a Tánger para investigar las inquietudes, los problemas y las dificultades económicas de los marroquíes, especialmente de los jóvenes que sueñan con llegar a las costas españolas. Sin embargo, al momento de la redacción, cae en la trampa etnográfica: romantizar o victimizar al sujeto del relato. La política editorial del periódico de Gálvez privilegia los reportajes mesiánicos sensacionalistas: “«¿Les dejaremos morir?»». Había un subtítulo sobre la aplicación de la Ley de Extranjería, y un sumario que destacaba la hazaña de Almudena al cruzar el Estrecho con los refugiados” (2001: 272). Las historias de sobrevivencia en la época contemporánea y las narrativas de viajeros europeos en África, referidos por Pratt, son sintomáticas de la ansiedad de colonización de un imaginario. Finalmente, la reportera no supera los estereotipos y los clichés ideológicos, y reproduce el *leitmotif* amarillista de las pateras y la retórica de la culpa nacional. El titular salvífico «¿Les dejaremos morir?» obliga a los ciudadanos a asumir una posición: defender la vida de una madre y su hijo o condenarlos a muerte con la deportación. La nota periodística interpela a los lectores en espera de una completa solidaridad con las víctimas, indispensable para salvaguardar el valor moral de la nación.

Ansiedad de frontera cultural en *El color de los muertos*

El color de los muertos es una novela de procedimiento policial. La literatura de procedimiento policial comienza a publicarse en la década de los cuarenta en Estados

Unidos e Inglaterra, y desde sus orígenes plantea una notable diferencia con los relatos de misterio de Agatha Christie y las populares aventuras de los héroes del *hardboiled* de aquella época. En la tradición clásica la resolución de enigmas en los cuartos cerrados (*locked room mysteries*) exige la reflexión analítica y la observación minuciosa del inspector. Las narrativas del *hardboiled* requieren de otro tipo de virtudes detectivescas – manejo de armas, rudeza y un lenguaje intimidatorio– porque los crímenes abandonan las mansiones victorianas y acontecen en las zonas marginales de las metrópolis. Los investigadores son hombres solitarios, mantienen un escepticismo por las autoridades judiciales y el sistema legal, y asumen un código ético personal en un mundo degradado por la corrupción. Al contrario de las dos propuestas anteriores, los textos de procedimiento policíaco describen y detallan con precisión cómo se lleva a cabo una verdadera investigación y cómo la misma afecta la vida de los policías encargados de realizarla. Los protagonistas de estos relatos son responsables de mantener el orden social y vigilar el cumplimiento de la ley. No operan de manera individual sino con el apoyo de expertos profesionales y su autonomía queda supeditada a una jerarquía institucional y a los reglamentos de la corporación adscrita. Finalmente, la literatura de procedimiento restaura la confianza en la figura del policía¹⁰.

La popularidad del género en cuestión es posterior a la Transición democrática. En este periodo se publica la saga de la Brigada Central de Juan Madrid, las novelas de la inspectora Petra Delicado de la autora Alicia Giménez Bartlett, y los casos de los guardias civiles Bevilacqua y Virginia Chamorro de Lorenzo Silva. Madrid, Bartlett y Silva recomponen la imagen del aparato policíaco, desprestigiado y temido durante el franquismo, a partir de los siguientes recursos cosméticos narrativos: profesionalización y capacitación de los investigadores, resolución de casos, sanción de los criminales, modernización de las técnicas de detección y legitimación del poder judicial. El texto de Abasolo mantiene algunas de estas características pero se opone a una de las figuras axiomáticas de la tradición: el policía ejemplar. El inspector madrileño Antonio Jiménez, integrante del Cuerpo Nacional de Policía con sede en Bilbao, es la antítesis del servidor público ideal, y asume actitudes xenofóbicas y de violencia racial con los inmigrantes norteafricanos. *El color de los muertos* despliega una paradoja que consiste en la defensa de un modelo cultural excluyente desde una corporación policial reformada, que se presenta a sí misma como moderna, democrática y pluralista. La paradoja se sostiene por la incompatibilidad de la limpieza institucional del aparato de seguridad pública y la

¹⁰ “The relative scarcity of the police novel in Spain also correlates directly to the long standing public perception of the paramilitary police system as the corrupt enforcer of fascist rule under Franco which was reflected in the negative portrayal of the police typical to the detective novels of the post-transition years” (Craig-Odders, 2006: 103).

subsistencia de los viejos procedimientos para impartir justicia durante el franquismo: “La policía española, pese a que las autoridades decían por activa y por pasiva que los malos hábitos del pasado habían sido desterrados, seguía teniendo mala imagen en Euskadi” (Abasolo, 2005: 84).

El color de los muertos narra cuatro líneas de investigación policíaca: la primera es responsabilidad de Antonio Jiménez, adscrito al Grupo de Homicidios y encargado de resolver el asesinato del marroquí Omar El Mdarhri; la segunda le compete a Isabel Altube, inspectora de origen vasco y pieza clave del área de delitos contra las mujeres, comisionada para atender el caso de violación y muerte de una prostituta de Cabo Verde llamada María. Isabel es retirada de la pesquisa con el pretexto de apoyar a Jiménez pero continúa la investigación de manera clandestina. La tercera rodea el homicidio de un hombre desconocido en un pueblo de Castilla en manos de una extraña pareja de alemanes con la complicidad de un supuesto coronel de la Guardia Civil; la cuarta y última envuelve una secuencia de atentados en la ciudad de Madrid, provocados por un antiguo etarra, que sorprenden tanto a los servicios antiterroristas como a ETA. Todas estas líneas diegéticas se mezclan al final de la narración, sin embargo, para el propósito de este ensayo analizaré exclusivamente la ansiedad de frontera cultural en la primera y la violencia racial en la segunda.

Las actitudes xenofóbicas de Antonio Jiménez provienen de cuatro mitos muy arraigados en la percepción social de la inmigración en España: los inmigrantes vienen al país a cometer delitos, le quitan el trabajo a los españoles, abusan de la sanidad pública y sus costumbres son incompatibles con los valores de la nación receptora. En el primer mito el perfil del inmigrante se vincula con una patología criminal. Jiménez afirma con toda certeza: “Seguramente el tal Mdarhri tenía un expediente más largo que una semana sin pan. Proxenetismo, hurtos, trata de blancas, en fin, lo de siempre” (2005: 33). El segundo mito explica una tendencia a creer que los inmigrantes son la causa principal del desempleo en España. En realidad aceptan puestos desestimados por la población autóctona debido a los bajos salarios, las pocas garantías de seguridad social y el desgaste físico que demandan muchas de estas actividades productivas. Los inmigrantes obtienen beneficios económicos principalmente del sector agrícola, la construcción y los servicios, campos laborales que no atraen masivamente a los locales por su carácter temporal y por las condiciones precarias a las que se enfrentan los empleados. Jiménez insiste en que, “lo único que queda claro, es que están quitando el trabajo a los españoles” (2005: 33). El tercer mito se funda en la falsa premisa de que los inmigrantes colapsan la sanidad pública y se aprovechan de las políticas sociales de los estados de bienestar. Jiménez lo explica con toda claridad: “Por supuesto, la vida fácil, ni pagaba impuestos, ni seguros sociales ni nada de nada, pero eso sí, si se ponía enfermo, los hospitales públicos o la parroquia le atendían mejor que a un ciudadano

cumplidor” (2005: 37). El cuarto y último es mucho más complejo que los anteriores y se presenta en forma de neoracismo. El racismo en el contexto contemporáneo excluye la herencia biológica y, en su lugar, fomenta las diferencias culturales y las desemejanzas de estilos de vida entre las naciones que acogen y las comunidades inmigrantes (Balibar y Wallerstein 1991: 21). La intolerancia y la xenofobia con los inmigrantes muestran un abismo cultural entre españoles y norteafricanos, además de una actitud de recelo por lo extranjero y lo extraño.

Cuando los policías intentaron descubrir a qué se debía esa desconfianza la mayor parte de los interrogados se encogió de hombros, es tan sólo una impresión, decían, en realidad no sabemos nada de él ni de lo que hace, tan sólo uno avanzó una hipótesis, hombre, ya saben ustedes, les dijo entre susurros, siendo moro, yo no soy racista, que quede claro, pero no sé, no acabo de fiarme de los moros, no son buena gente, ya se sabe, no son como nosotros (2005: 260).

Los mitos sobre los inmigrantes funcionan como ansiedades de frontera cultural porque impiden cualquier intento de pensar la inmigración desde una perspectiva intercultural en lugar de percibirla como problema. Estos mitos prosperan cuando los países entran en recesiones económicas y cuando los estados nacionales recortan los presupuestos en políticas de gasto social. Los mitos se fortalecen también en el contexto de las agendas nacionalistas, preocupadas por la misión de custodiar las fronteras y contener las migraciones. Las campañas nacionalistas defienden la preservación de rasgos identitarios y esencias culturales, que los distinguen de los demás territorios, y son absolutamente intolerantes e intransigentes con las expresiones públicas de grupos que no pertenecen a la nación. Paul Gilroy explica que la intensificación de la xenofobia viene con la reapropiación de ciertos mitos étnicos, o bien, por la urgencia de volver al lugar y al instante previo en que el país extravió su brújula moral y cultural (2005: 89-90). En todos estos mitos el inmigrante es un chivo expiatorio, *persona non grata*, responsable de las crisis financieras, el desempleo, la delincuencia, y la perversión de las “verdaderas” y “auténticas” tradiciones y costumbres.

Además de los mitos sobre los inmigrantes, las ansiedades de frontera cultural en la novela interpelan un imaginario colonial latente en distintas formas de racismo contemporáneo traducidas en alegorías maniqueas¹¹. Abdul Jan Mohamed afirma que el

¹¹ “This axis in turn provides the central feature of the colonial cognitive framework and colonialist literary representation: the Manichean allegory —a field of diverse yet interchangeable oppositions between white and black, good and evil, superiority and inferiority, civilization and savagery, intelligence and emotion, rationality and sensuality, self and other, subject and object” (1986: 82).

modelo dominante de poder en las sociedades coloniales se representa en la oposición maniquea de la “aparente” superioridad europea y la “supuesta” inferioridad de los no-europeos. En este esquema de valores contrapuestos es imprescindible ubicar la posición del sujeto en la alegoría: la que se inclina por la hegemonía cultural o la que se alinea con la cultura más débil. El punto de comparación, al momento de contrastar dos categorías binarias, impone una visión de mundo y desacredita a la otra.

Las alegorías maniqueas más comunes en *El color de los muertos* incluyen las siguientes tensiones: civilización vs barbarie y estados de derecho vs estados represores. La primera alegoría maniquea tiene un largo historial en la representación colonial de la otredad. Las crónicas, los libros y las memorias de viaje, fueron instrumentos de conquista ideológica para construir la otredad –primitiva y salvaje– como la antítesis de la modernidad europea. La civilización era una virtud exclusiva de los occidentales mientras la barbarie se constituía como un defecto propio de los sujetos colonizados y esclavizados. El racismo del inspector se funda en las retóricas coloniales que explicitan una violencia innata de los africanos: “El deporte favorito de estos negros es pegar a sus mujeres, las consideran de su propiedad, ya sabes. Bueno, eso es típico de África, los negros a darse la buena vida y sus mujeres a trabajar como esclavas, es su cultura” (2005: 125). En el contexto actual, las alegorías maniqueas perpetúan los sistemas de poder colonial pero se ajustan a las formas del capitalismo y la globalización. Si en el colonialismo, el paradigma de la “civilización” organizaba el extremo dominante de la alegoría, en la época contemporánea, el concepto “democracia” constituye la única forma de gobierno aceptable; por lo tanto, las naciones con un modo distinto de organizar el estado se perciben como adversarios de las democracias y, por consiguiente, indiferentes al respeto de los derechos humanos. La cuestión de los derechos se vuelve relevante, como diría Rancière, para pensar quiénes son sujetos de derechos con posibilidad de participar y tomar decisiones en la vida democrática. Los inmigrantes en la novela quedan totalmente relegados de esta opción y componen el extremo más vulnerable de la alegoría maniquea: la vida precaria. La vida precaria carece de derechos ciudadanos e identidad jurídica y por eso está expuesta a una grado de violencia extrema. Debido a este estatus de precariedad, el cuerpo del inmigrante es el espacio vigilado y asediado por el estado: “Constantemente me para la policía, cualquier cuerpo de policía, da igual que sea municipal, autonómica o nacional, para pedirme los papeles y mientras comprueban mis datos me retienen en sus furgones o en un calabozo” (2005: 75).

Vidas precarias y violencia racial en *El color de los muertos*

Hasta ahora hemos destacado una ansiedad de frontera geográfica y cultural en la novela policial española para explicar las reacciones sintomáticas de una sociedad que se percibe en riesgo por la llegada de inmigrantes norteafricanos. La ansiedad de frontera

surge del miedo y el temor a que la diferencia cultural se integre en la nación y la transforme, por esta razón, lo que la ansiedad de frontera provoca es una necesidad apremiante de separar, marginar y excluir a la otredad de los procesos de socialización y de la experiencia de construir comunidades afectivas y solidarias. La intrusión de la diferencia cultural en *El color de los muertos* se puede interpretar como una amenaza a la convivencia y la norma social. Slavoj Žižek explica esta intrusión con la metáfora del vecino de Freud, mejor conocida como el “intruso traumático”. Él argumenta que para Freud, un vecino traumático es alguien con un estilo de vida distinto, pero también, cualquiera que manifieste su disfrute y goce (*jouissance*) por medio de ritos sociales contrarios al nuestro. Esta figura del vecino traumático es capaz de perturbar la cotidianidad y, si la misma se torna mucho más cercana o próxima, puede excitar la ansiedad de desaparecerla (2008: 59). Mi propuesta es pensar en el personaje del inmigrante norteafricano como el intruso traumático de Freud que constantemente genera temor e inseguridad. En las novelas de Martínez Reverte y Abasolo se trata de cuerpos extraños que cuando permanecen ocultos no perturban a nadie, pero si traspasan las fronteras raciales donde han sido territorializados, inquietan e incomodan. La respuesta frente a su cercanía o proximidad suscita la ansiedad de frontera, un estado de alerta y precaución por la presencia adyacente del intruso traumático.

La ansiedad de frontera esconde un deseo simbólico de eliminar la diferencia. Cuando esa fantasía se traduce en acción y se materializa por medio de la fuerza, la ansiedad de frontera es sustituida por la violencia racial. Las víctimas de violencia racial en *El color de los muertos* son vidas precarias, cuerpos completamente desatendidos por el estado, expuestos a niveles de riesgo cotidiano y asediados por su vulnerabilidad. El ejemplo más claro es el de María, una prostituta negra, indocumentada y originaria de Cabo Verde, violada y asesinada por Antonio Jiménez. María vive un proceso de triple exclusión en España: por su actividad para subsistir (social), color de piel (racial) y condición migratoria (política). Además, la sexualidad de María restituye un remanente colonial: la fetichización del cuerpo de la mujer negra desde la mirada del sujeto masculino, blanco y europeo:

Renaissance travelers found an eager and lascivious audience for their spicy tales, so that, long before the Era of Victorian imperialism, Africa and the Americas had become what can be called a porno-tropics for the European imagination –a fantastic magic lantern of the mind onto which Europe projected its forbidden sexual desires and fears. [...] Within this porno-tropic tradition, women figured as the epitome of sexual aberration and excess (McClintock, 1995: 22).

El cuerpo de la mujer negra, desde la visión masculina colonial, es el espacio donde el imaginario occidental traslada su fantasía sexual. La sexualización y racialización del cuerpo emerge en un estado salvaje y primitivo, capaz de desestabilizar y excitar al sujeto de

la mirada perversa. La fetichización del cuerpo oculta un estado de ansiedad por el control y la posesión de una sexualidad que se admira y teme al mismo tiempo. En concordancia con este impulso erótico, la conquista del cuerpo-otro, excitante y bestial, desglosa una gramática de la invasión, por ejemplo, verbos como someter y penetrar son inseparables de los esfuerzos por subyugar a la naturaleza en su condición indomable, mismas que se emplean para codificar la dominación de la sexualidad negra: “Habéis nacido para eso, para ser putas. Hoy has tenido suerte porque me has conocido. Vas a saber lo que es bueno, vas a saber lo que es un blanco, lo que un español de verdad, es capaz de hacer con una negra como tú” (Abasolo, 2005: 206). Las palabras de Jiménez describen perfectamente la violencia colonial, una fuerza capaz de exhibir el poder y el control sobre los cuerpos de los subalternos. Al igual que las alegorías maniqueas, la violencia sexual y racial nace de su trasfondo colonial y perdura en las relaciones de dominación y explotación del capitalismo.

El inmigrante norteafricano simboliza una de las imágenes de vulnerabilidad más distintivas de los procesos actuales de la globalización. Esta forma de vida precaria no solamente refleja las tensiones entre la población local y los inmigrantes, también plantea la posibilidad de construir una comunidad a partir de lo que Judith Butler denomina el reconocimiento de la vulnerabilidad y la pérdida: “La pérdida y la vulnerabilidad parecen ser la consecuencia de nuestros cuerpos socialmente constituidos, sujetos a otros, amenazados por la pérdida, expuestos a otros y susceptibles de violencia a causa de esta exposición” (Butler, 2006: 46). A partir de la muerte de María emerge un tipo de solidaridad especial con la víctima. La impunidad del crimen conduce a Isabel, Susana y Herminia a realizar acciones individuales para probar la culpabilidad de Antonio Jiménez. Los esfuerzos de las tres responden a distintos intereses profesionales y personales, sin embargo, la condición que las fraterniza es el dolor por la pérdida. La violencia en *El color de los muertos* abre la posibilidad de constituir nuevas comunidades afectivas sin el apoyo institucional. Estos lazos ciudadanos se piensan y se saben vulnerables pero también resistentes, especialmente cuando logran reconocer y respetar el valor de una vida por su estado más frágil y humano, su precariedad.

Referencias bibliográficas

- Abasolo, José Javier (2005). *El color de los muertos*. San Sebastián: Hiria.
- Ahmed, Sara (2004). *The Cultural Politics of Emotion*. Edinburgh: Edinburgh UP.
- Ahmed, Sara (2000). *Strange Encounters: Embodied Others in Post-Coloniality*. New York: Routledge.
- Anderson, Kay J (1987). "The Idea of Chinatown: The Power of Place and Institutional Practice in the Making of a Racial Category". *Annals of the Association of American Geographers*. 580-598. DOI: [10.1111/j.1467-8306.1987.tb00182.x](https://doi.org/10.1111/j.1467-8306.1987.tb00182.x)
- Babiano, José y Fernández Asperilla, Ana (2009). *La patria en la maleta: historia social de la emigración española a Europa*. Madrid: Ediciones GPS Madrid.
- Balibar, Étienne y Wallerstein, Immanuel (1991). *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*. London: Verso.
- Butler, Judith (2006). *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Cea D'Ancona, Ma. Ángeles y Valles Martínez, Miguel S. (2008). *Evolución del racismo y la xenofobia en España*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Charnon-Deutsch, Lou (2004). *The Spanish Gypsy. The History of a European Obsession*. University Park, PA: Pennsylvania State UP.
- Craig-Odders, Renée (2006). "Shades of Green: The Police Procedural in Spain". VVAA, *Hispanic and Luso-Brazilian Detective Fiction: Essays on the Género Negro Tradition*. Jefferson, N.C.: McFarland & Company, Inc., Publishers: 103-122.
- D'Ors, Inés (2002). "Léxico de la emigración". VVAA, *La inmigración en la literatura española contemporánea*. Madrid: Verbum: 21-108.
- Flesler, Daniela (2008). *The Return of the Moor. Spanish Responses to Contemporary Moroccan Immigration*. West Lafayette: Purdue UP.
- Gier, Daniel. (2000). "Caras nuevas: reflexiones sobre la representación de norteafricanos y otros colectivos marginados en la novela policíaca después de 1975". *Alharaca* 7 (2000): 1-12.
- Gilroy, Paul (2005). *Postcolonial Melancholia*. New York: Columbia UP.
- Goytisolo, Juan y Naïr, Sami (2000). *El peaje de la vida. Integración o rechazo de la emigración en España*. Madrid: Aguilar.
- Jan Mohamed, Abdul (1986). "The Economy of Manichean Allegory: The Function of Racial Difference in Colonialist Literature." Henry Louis Gates Jr y Kwame Anthony Appiah (eds.) "*Race*", *Writing and Difference*. Chicago: The University of Chicago Press: 78-106.

- Martínez Reverte, Jorge (2001). *Gálvez en la frontera*. Madrid: Alfaguara.
- McClintock, Anne (1995). *Imperial Leather: Race, Gender and Sexuality in the Colonial Conquest*. New York: Routledge.
- Pautz, Hartwig (2004). "The Politics of Identity in Germany: The Leitkultur Debate". *Race & Class* 46/4 (2004): 39-52.
- Pratt, Mary Louise (2008). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge.
- Santaolalla, Isabel (2002). "Ethnic and Racial Configurations in Contemporary Spanish Culture". Jo Labanyi (ed.) *Constructing Identity in Contemporary Spain: Theoretical Debates and cultural Practice*. Oxford: Oxford UP: 55-71.
- VVAA (1997). "Introducción". *Social Suffering*. Berkeley: University of California Press: ix-xxvii.
- Vázquez Montalbán, Manuel (1999). "[Globalización y xenofobia](#)".
- Vázquez Montalbán, Manuel (1979). *Los mares del sur*. Barcelona: Planeta.
- Žižek, Slavoj (2008). *Violence: Six Sideways Reflections*. New York: Picador.